



Apariciones. Relatos de fantasmas

Vernon Lee

© Traducción y epílogo de Claudia Sobico

ISBN: 978-631-91439-6-6

Primera edición

Buenos Aires, 2026

Imagen de cubierta: Rocío Godoy

Diseño de portada: Luana Sánchez

Colección Narrativa

Editorial Mar de Fondo

mardefondoediciones@gmail.com

Vernon Lee

APARICIONES
RELATOS DE FANTASMAS



mar de fondo



APARICIONES



Maiano, cerca de Florencia, junio de 1889

Anoche conversábamos acerca de un castillo mientras la bruma azulada de la luna se colaba por la vieja ventana de rejas y se mezclaba con la luz amarilla de nuestra lámpara sobre la mesa. Según cuenta la leyenda, a uno de sus herederos le revelan un secreto en su cumpleaños número veintiuno, un secreto tan terrible que ensombrece su vida para siempre. Mientras conversábamos distraídamente cuáles serían los distintos misterios y horrores que podrían esconderse detrás de ese hecho o leyenda, se nos ocurrió que ningún destino funesto ni horror imaginable y expresable con palabras podría jamás resolver ese enigma. Que cualquier realidad por más espantosa que fuera parecería insignificante, tolerable y fácil de afrontar comparada con el insoportable horror de no saber.

Esto me lleva a decir que lo sobrenatural debe necesariamente, salvo unas pocas excepciones, permanecer envuelto en misterio para despertar esas sensaciones terribles para nuestros antepasados y terribles pero deliciosas para nosotros, su escéptica posteridad. Es el misterio lo que nos toca: el vago manto de luz lunar que rodea a la dama espectral, el reflejo sobre la coraza del guerrero, el chasquido de sus espuelas invisibles mientras la figura avanza apenas delineada, apenas separada de los árboles que la rodean, o camina absorbida, una y otra vez, por las sombras temblorosas.

Algunos ingeniosos de nuestro tiempo, hombres sumamente racionales y seudocientíficos deseosos de una superstición de bolsillo —como los hombres de antaño codiciaban un santo de bolsillo— han vuelto a la idea de nuestros padres. Esa idea de que los

fantasmas existen fuera de nuestra propia imaginación y emoción. Además, han reunido abundantes pruebas a partir de la experiencia de una tal Jemima Jackson que hace cincuenta años, cuando tenía nueve, vio aparecer a su tía solterona seis meses después de su muerte. Uno se alegra de pensar que la pobre tía haya andado paseándose después de morir, si eso le daba alguna satisfacción, pero no deja de llamar la atención lo extraordinariamente poco interesante que resulta su aparición espectral, quizás en correspondencia con la falta de encanto que había tenido en vida. En definitiva, después de leer atentamente la colección de evidencias sobre el asunto, una coincide plenamente con la sabiduría de estos modernos expertos cuando afirman que siempre se puede reconocer una auténtica historia de fantasmas por el hecho de no tratarse sobre alguien en particular, no tener gracia ni colorido alguno y ser, en líneas generales, insulsa, obsoleta y no rentable.

¡Una auténtica historia de fantasmas! Entonces ¿no son auténticas historias de fantasmas esos relatos que estremecen nuestro sentido suplementario, el sentido de lo sobrenatural y llenan lugares —más aún, épocas enteras— con su extraño perfume a flores de jardín embrujado?

Por desgracia, ni la historia del rey de Dinamarca asesinado (las personas asesinadas, según me dicen, suelen quedarse tranquilas, como hecho científico), ni la de aquella misteriosa mujer que vio tres veces al rey Jacobo el Poeta cada vez con el sudario cubriéndole un poco más el cuerpo; ni el relato del dedo de la Venus de bronce cerrándose sobre el anillo de bodas, ya sea narrado por Morris en versos tejidos como un tapiz, por Mérimée con el terror de la realidad cínica, o por el viejo narrador medieval; ninguna de esas son auténticas historias de fantasmas. Esos fantasmas existen solamente en nuestra mente, en la mente de los muertos que nunca anduvieron tropezándose entre mesas y sofás junto a la tía de Jemima Jackson.

Son cosas de la imaginación, nacidas ahí, criadas ahí, surgidas de esos extraños cúmulos confusos —mitad basura, mitad tesoro—

que se acumulan en nuestra fantasía: pilas de recuerdos desvaídos, de impresiones vivísimas y fragmentarias, de harapos multicolores y flores y hierbas marchitas desde donde surge ese olor (todos lo conocemos) húmedo y rancio pero penetrantemente dulce y embriagador. Ese que queda suspendido en el aire cuando el fantasma atraviesa la puerta cerrada y las llamas vacilantes de la vela y el fuego se vuelven a alzar después de apagarse.

¿No será fantasma auténtico aquel nacido de nosotros mismos, de los lugares extraños que vimos y de las historias insólitas que escuchamos? Aquel o aquella, y no la tía de la señorita Jemima Jackson. Porque díganme, les ruego: ¿de qué sirve la visión de esa respetable solterona? ¿Valía la pena ver a esa tía suya? ¿O acaso, de seguirla, nos habría conducido hacia algún interesante tormento infernal o hacia alguna beatitud tolerable?

Lo sobrenatural puede abrir las cuevas de Jamshid y escalar la escalera de Jacob. ¿Qué sentido tiene si termina dejándonos en barrios suburbanos londinenses tan poco interesantes como Islington o Shepherd's Bush? Es bien sabido que el doctor Fausto, cuando le ofrecieron cualquier fantasma que quisiera, eligió audazmente que Mefistófeles le trajera nada menos que a Helena de Troya. ¡Imaginen si el demonio familiar hubiera invocado a alguna tía ancestral de la señorita Jemima Jackson!

El Pasado, el Pasado más o menos remoto, cuya prosa ha sido completamente borrada por la distancia es el lugar del que debemos sacar nuestros fantasmas. Esa es la cuestión. Nosotros mismos, la gente instruida de los tiempos modernos, vivimos en el límite con el Pasado, en casas que miran hacia los huertos de los trovadores y los patios columnados de los griegos. Una legión de fantasmas imprecisos y cambiantes va y viene constantemente, llevan y traen cosas entre ellos y el Presente.

Mis cuatro pequeños relatos no hablan de fantasmas auténticos en el sentido científico; no cuentan apariciones de las que podría ocuparse la Sociedad para la Investigación Psíquica, ni espectros

que puedan atraparse en lugares determinados y ser obligados a dictar pruebas judiciales. Mis fantasmas son lo que ustedes llaman fantasmas espurios, aunque para mí son los únicos verdaderos. De ellos solo puedo afirmar una cosa: que embrujaron ciertos cerebros y han embrujado, entre otros, el mío y el de mis amigos; el tuyo, querido Arthur Lemon, por los senderos crepusculares entre helechos altos y pinos espectrales del sur; y el tuyo, querida Flora Priestley, entre la bruma de luz de luna y ramas de olivo, mientras el mar iluminado por la luna gemía y golpeaba contra los muros derruidos de la casa desde donde Percy Shelley zarpó hacia la eternidad.

Vernon Lee

AMOUR DURE
FRAGMENTOS DEL DIARIO
DE SPIRIDION TREPKA



PARTE I

Urbania, 20 de agosto de 1885

Durante tantos años había deseado estar en Italia, estar cara a cara con el Pasado. ¿Y era esto Italia? ¿Era esto el Pasado? Estuve a punto de llorar, sí, llorar de desilusión la primera vez que deambulé por Roma con una invitación para cenar en la Embajada de Alemania en el bolsillo, y tres o cuatro vándalos de Berlín o Mú-nich pisando mis talones, diciéndome dónde conseguir la mejor cerveza, el mejor sauerkraut, y de qué trataba el último artículo de los Grimm o Mommsen.

¿Es esto una locura? ¿Una falsedad? ¿Acaso no soy yo mismo un producto de la civilización moderna y septentrional; no debo mi venida a Italia a este mismo vandalismo científico moderno que me ha otorgado una beca de viaje por haber escrito un libro como todos esos otros atroces libros de erudición y crítica de arte? Es más, ¿no estoy aquí en Urbania con el entendimiento expreso de que, en unos meses, habré de producir precisamente otro libro semejante? ¿Te imaginas, tú, mísero Spiridion, tú, polaco convertido en la imagen misma de un pedante alemán, doctor en filosofía, incluso profesor, autor de un ensayo premiado sobre los déspotas del siglo XV, te imaginas, tú, con tus cartas ministeriales y tus pruebas de imprenta en el bolsillo de tu negro gabán

de profesor, que puedes alguna vez acercarte, en espíritu, a la presencia del Pasado?

¡Ay, demasiado cierto! Pero déjame olvidarlo, al menos de vez en cuando; como lo olvidé esta tarde, mientras los bueyes blancos arrastraban mi carro lentamente, serpenteando por valles interminables, trepando laderas interminables, con el rugido de una corriente invisible allá abajo, y nada más que los desnudos picos grises y rojizos alrededor, hasta esta ciudad de Urbania, olvidada por la humanidad, alzándose imponente y almenada sobre la alta cresta de los Apeninos. Sigillo, Penna, Fossombrone, Mercatello, Montemurlo; cada nombre de aldea, a medida que el cochero los señalaba, traía a mi mente el recuerdo de alguna batalla o de alguna gran traición de otros tiempos. Y cuando las enormes montañas ocultaron el sol poniente, y los valles se llenaron de sombra azulada y neblina, quedando solo una franja de amenazante rojo ahumado detrás de las torres y cúpulas de la ciudad en lo alto de la montaña, y el sonido de las campanadas de las iglesias flotaba a través del precipicio desde Urbania, casi esperaba, en cada recodo del camino, que surgiera una tropa de jinetes, con cascos en pico y zapatos puntiagudos, con las armaduras reluciendo y los pendones ondeando al sol poniente. Y después, hace menos de dos horas, al entrar en la ciudad al anochecer, deambulé por las calles desiertas, con solo una luz humeante aquí y allá bajo un santuario o frente a un puesto de frutas, o un fuego que enrojecía la negrura de una herrería; deambulé bajo las almenas y torrecillas del palacio... ¡Ah, esto era Italia, era el Pasado!

21 de agosto

¡Y este es el Presente! Cuatro cartas de presentación que entregar y una hora de conversación cortés que soportar con el Viceprefecto, el Síndico, el Director del Archivo y el buen hombre a quien mi amigo Max me había enviado para conseguir alojamiento.

22 al 25 de agosto

Pasé casi todo el día en el Archivo y me aburrí hasta la muerte la mayor parte del tiempo, mientras el Director recitaba Los *Comentarios* de Eneas Silvio¹ durante tres cuartos de hora sin tomar aliento. De este tipo de martirio me refugio en largas caminatas por la ciudad. ¿Cuáles son las sensaciones de un antiguo caballo de carreras al ser empleado en un coche de alquiler? Si puedes imaginarlas, son las de un polaco convertido en profesor prusiano. Esta ciudad es un puñado de casas negras y altas, amontonadas en la cima de un alpe, largas callecitas estrechas deslizándose por sus laderas, como los deslizaderos que hacíamos en las colinas de la niñez y, en medio, la soberbia construcción de ladrillo rojo, imponente y almenada, del palacio del duque Ottobuono, con ventanas desde las que se domina un mar, una especie de remolino de melancólicas montañas grises. Después está la gente: hombres morenos de barbas hirsutas que cabalgan como forajidos, envueltos en capas forradas de verde sobre sus peludas mulas de carga; o vagan por las calles enormes mozos fornidos, de cabezas bajas, como los bravos ataviados de mil colores en los frescos de Signorelli; los muchachos hermosos, tantos jóvenes Rafaelés, con ojos como los ojos de los bueyes; y las enormes mujeres, Madonnas o Santas Isabeles, según el caso, con los zuecos firmemente apoyados en las puntas de los pies y sus cántaros de bronce sobre la cabeza, mientras suben y bajan por las empinadas callejuelas negras. No hablo mucho con esta gente, temo que se desvanezcan mis ilusiones. En la esquina de una de las calles, frente al hermoso pórtico de Francesco di Giorgio, hay un gran anuncio

¹ Æneas Sylvius Piccolomini (1405-1464), luego el papa Pío II, dejó en sus *Commentaris* una autobiografía escrita con la elegancia de un humanista que convierte su propia vida en materia de historia. Durante siglos, la obra fue una de las fuentes más vivas para asomarse a la política y a la cultura de la Italia renacentista.

azul y rojo que representa el descenso de un ángel para coronar a Elias Howe por sus máquinas de coser; y los escribientes de la Vice-prefectura, que comen en el mismo lugar que yo, se gritan, unos a otros, sobre política, Minghetti, Cairoli, Túnez, sobre buques acorazados, etcétera, y cantan fragmentos de *La Fille de Madame Angot*², que imagino han representado aquí recientemente.

No, hablar con los lugareños es evidentemente un experimento peligroso. Excepto tal vez, con mi buen casero, el Signor Notaro Porri, que es tan erudito y toma bastante menos rapé (o más bien se lo sacude del gabán con mayor frecuencia) que el Director del Archivo. He olvidado consignar (y siento que debo consignarlo, con la vana esperanza de que algún día estas líneas me ayuden, como una ramita marchita de olivo o una lámpara toscana de tres mechas sobre mi mesa, a recordar estos días felices en Italia, cuando me encuentre en esa odiosa Babilonia que es Berlín)... he olvidado consignar que me alojo en la casa de un vendedor de antigüedades. Mi ventana da a la calle principal, donde se alza la pequeña columna con Mercurio en lo alto, en medio de los toldos y pórticos de la plaza del mercado. Si me inclino sobre las jarras descascaradas y las macetas llenas de albahaca dulce, claveles y caléndulas, apenas puedo ver un rincón de la torrecilla del palacio y, más allá, el vago azul ultramar de las colinas. La casa, cuya parte trasera descende abruptamente hacia el barranco, es un lugar negro, extraño, lleno de desniveles, con habitaciones blanqueadas, decoradas con Rafaelles, Francias y Peruginos, que mi anfitrión lleva regularmente a la sala principal siempre que espera a algún extranjero. Está llena de viejas sillas talladas, sofás Imperio, cofres nupciales repujados y dorados, y armarios con pedazos de viejo damasco y paños de altar bordados que impregnan el aire de incienso antiguo y humedad; todo presidido por las tres hermanas solteras del Signor Porri

² *La hija de la señora Angot* es una famosa opereta cómica en tres actos que se convirtió en uno de los mayores éxitos del teatro musical francés del siglo XIX.

—sora³ Serafina, sora Lodovica y sora Adalgisa—, las tres Parcas en persona, con sus ruecas y sus gatos negros.

Sor Asdrubale, como llaman aquí a mi casero, es notario también. Habiendo tenido un primo que formó parte del séquito de un cardenal, lamenta el Gobierno Pontificio y cree que si uno simplemente pone la mesa para dos, enciende cuatro velas hechas con grasa de difunto, y realiza ciertos ritos que no sabe precisar, puede, en Nochebuena y noches semejantes, invocar a San Pasquale Baylón, quien escribirá los números ganadores de la lotería en el dorso ahumado de un plato, si previamente se ha logrado abofetearlo en ambas mejillas y se han rezado tres avemarías. La dificultad reside en obtener la grasa de difunto para las velas y en abofetear al santo antes de que tenga tiempo de esfumarse. «Si no fuera por eso», dice sor Asdrubale, «¡el Gobierno habría tenido que suprimir la lotería hace siglos!».

9 de septiembre

A esta historia de Urbania no le falta carácter novelesco, aunque ese carácter novelesco, como de costumbre, ha sido pasado por alto por nuestros polvorientos eruditos. Incluso antes de llegar sentí cierta atracción por la figura de una mujer extraña que surgía entre áridas páginas con historias de este lugar escritas por Gualterio y el Padre De Sanctis. La mujer es Medea, hija de Galeazzo IV Malatesta, señor da Carpi, primero esposa de Pierluigi Orsini, duque de Stigmigliano, y posteriormente de Guidalfonso II, duque de Urbania, predecesor del gran duque Roberto II.

La historia y el carácter de esta mujer se parecen a los de Bianca Cappello y, por otro lado, a los de Lucrecia Borgia. Nacida en 1556,

³ Sor, sora: tratamiento popular italiano, forma abreviada de signora o signora. (N. del T.)

la prometieron a un primo a los doce años, un Malatesta de la familia de Rímini. Dada la gran decadencia de esa familia, se rompió el compromiso y un año más tarde la prometieron con un miembro de la familia Pico, y la casaron por poder a los catorce años. Como esta última unión no satisfacía la ambición de ella ni la de su padre, el matrimonio por poder fue declarado nulo, bajo algún pretexto, y se favoreció la pretensión del duque de Stimigliano, gran feudatario umbro de la familia Orsini. El prometido, Giovanfrancesco Pico, no se rindió: expuso su caso ante el Papa y trató de llevarse por la fuerza a su prometida, de quien estaba locamente enamorado, la dama era hermosísima y de modales muy alegres y amistosos, según una anónima y vieja crónica. Pico interceptó su litera cuando ella se dirigía a una villa de su padre y la llevó a su castillo, cerca de Mirandola. Insistió respetuosamente en sus pretensiones, empeñándose en que tenía derecho a considerarla su esposa. Pero la dama escapó deslizándose al foso con la ayuda de una cuerda hecha con sábanas, y Giovanfrancesco Pico fue encontrado con una puñalada en el pecho por mano de Madonna Medea da Carpi. Era un joven apuesto de apenas dieciocho años.

Resuelto el asunto de los Pico, y declarado nulo el matrimonio con él por el Papa, Medea da Carpi fue solemnemente casada con el duque de Stimigliano y pasó a residir en sus dominios cerca de Roma.

Dos años más tarde, Pierluigi Orsini fue apuñalado por uno de sus mozos de cuadra en su castillo de Stimigliano, cerca de Orvieto, y la sospecha recayó sobre su viuda, especialmente cuando hizo que el asesino fuese degollado por dos sirvientes en su propia habitación, inmediatamente después del suceso, y después de que éste declarara que ella lo había inducido a asesinar a su señor a cambio de su amor. Las circunstancias se volvieron tan adversas para Medea da Carpi que huyó a Urbana y se arrojó a los pies del duque Guidalfonso II, declarando que había hecho matar al mozo únicamente para vengar su buen nombre, que él había ca-

lumniado, y que era absolutamente inocente de la muerte de su marido. La maravillosa belleza de la duquesa viuda de Stimigliano, que tenía solo diecinueve años, trastornó por completo la cabeza del duque de Urbania. Fingió creer ciegamente en su inocencia, rehusó entregarla a los Orsini, parientes de su difunto esposo, y le asignó magníficos aposentos en el ala izquierda del palacio, entre los cuales se hallaba la sala que contiene la famosa chimenea ornamentada con cupidos de mármol sobre fondo azul. Guidalfonso se enamoró perdidamente de su hermosa huésped. Hasta entonces tímido y de carácter doméstico, empezó a descuidar a su esposa públicamente, Maddalena Varano de Camerino, con quien, aunque sin hijos, había vivido hasta entonces en excelentes términos. No solo trató con desdén las amonestaciones de sus consejeros y de su señor el Papa, sino que llegó al extremo de tomar medidas para repudiar a su mujer, alegando una conducta dudosa, enteramente imaginaria. La duquesa Maddalena, incapaz de soportar semejante trato, huyó al convento de las hermanas descalzas de Pesaro, donde se consumió, mientras Medea da Carpi reinaba en su lugar en Urbania, enredando al duque Guidalfonso en querellas tanto con los poderosos Orsini, que seguían acusándola del asesinato de Stimigliano, como con los Varano, parientes de la agraviada duquesa Maddalena; hasta que, finalmente, en el año 1576, el duque de Urbania enviudó súbitamente, en circunstancias dudosas, y se casó públicamente con Medea da Carpi dos días después del fallecimiento de su desdichada esposa. De este matrimonio no nació ningún hijo pero fue tal el extravío del duque Guidalfonso, que la nueva duquesa lo indujo a establecer la herencia del ducado (habiendo obtenido el consentimiento del Papa con gran dificultad) en el muchacho Bartolomeo, su hijo de Stimigliano, pero que los Orsini rehusaban reconocer como tal, declarándolo hijo de aquel Giovanfrancesco Pico con quien Medea había sido casada por poderes, y a quien —como había dicho en defensa de su honor— había asesinado. Esta investidura del ducado de Urbania en

un extraño y bastardo fue a expensas de los derechos evidentes del cardenal Roberto, el hermano menor de Guidalfonso.

En mayo de 1579, el duque Guidalfonso murió de manera repentina y misteriosa, después de que Medea prohibiera todo acceso a sus aposentos para evitar que, en su lecho de muerte, se arrepintiera y restituyera sus derechos a su hermano. La duquesa hizo proclamar de inmediato a su hijo, Bartolomeo Orsini, como duque de Urbania, y a sí misma como regente. Con la ayuda de dos o tres jóvenes sin escrúpulos —en particular cierto capitán Oliverotto da Narni, a quien los rumores señalaban como su amante—, tomó las riendas del gobierno con un vigor extraordinario y terrible. Marchó con un ejército contra los Varano y los Orsini, derrotándolos en Sigillo, y exterminó sin piedad a toda persona que osara poner en duda la legitimidad de la sucesión. Mientras tanto, el cardenal Roberto, que había abandonado las vestiduras y los votos sacerdotales, recorría Roma, la Toscana, Venecia —e incluso acudió al emperador y al rey de España— implorando ayuda contra la usurpadora. En pocos meses logró inclinar de su lado la opinión pública; el Papa declaró solemnemente inválida la investidura de Batolomeo Orsini y proclamó la sucesión de Roberto II, duque de Urbania y conde de Montemurlo. El gran duque de Toscana y los venecianos prometieron asistencia solo si Roberto lograba hacer valer sus derechos por la fuerza. Poco a poco, las ciudades del ducado fueron pasándose, una tras otra, al partido de Roberto, y Medea da Carpi se vio acorralada en la fortaleza montañosa de Urbania como un escorpión rodeado por las llamas. (La comparación no es mía, sino de Raffaello Gualterio, historiador de Roberto II). Pero, a diferencia del escorpión, Medea rehusó suicidarse. Es verdaderamente asombroso que, sin dinero ni aliados, pudiera mantener a sus enemigos a raya durante tanto tiempo. Gualterio atribuye ese prodigio a las fatales fascinaciones que habían conducido a la muerte a Pico y a Stimigliano, que habían convertido al honrado Guidalfonso en un villano, y que eran tan poderosas que ninguno de sus amantes —ni